



### LA EVOLUCION DEL ATENEO DE MADRID

(Para LA NACION)

MADRID, diciembre de 1915.

Ayer, 23 de este mes de noviembre se inauguró el curso de conferencias y lecciones de 1915 a 1916 en el Ateneo científico, literario y artístico de esta villa y corte de España. No creo tener que decir a más lectores lo que es el Ateneo de Madrid, la institución de cultura más famosa de España; más que cualquiera de sus universidades. Hubo también un tiempo en que se le llamó a ese Ateneo la Holanda de España, el refugio de la libertad de pensamiento, y cuéntase que en la época de la llamada Restauración, a raíz del restablecimiento de la dinastía borbónica en España, después de 1876, Cánovas del Castillo, árbitro de las libertades civiles en España y fervoroso ateneísta, sostenía que en el Ateneo se podía decir todo lo que fuera de él no era permitido se dijera. No hay, seguramente, en España, institución que haya influido más en la marcha de su cultura.

El Ateneo de Madrid ha sido sobre todo y durante mucho tiempo una antesala del parlamento. A él iban a adiestrarse en el uso de la palabra pública y en la discusión los que aspiraban a darse a conocer para representantes de la nación en cortes. Las discusiones fueron antaño su principal razón de ser. Mas hoy ha cambiado esto bastante, señalando un cambio en el ambiente mismo intelectual de España. Las discusiones languidecen en el Ateneo y en cambio se acrecienta el número de los que van a leer y estudiar en su bien nutrida biblioteca. Cierto es que de algún tiempo a esta parte se ha puesto de moda en España lo de «formarse».

Antes la principal y casi única ocupación de los jóvenes era la de llegar, no se sabía siempre bien adónde. Aunque en España el sumo de la llegada era un misterio. O bien llegar a ser el autor dramático más en boga, el que mejores trimestres cobrara, más veces tuviese que salir a escena entre estronadores aplausos y más viese su retrato reproducido en semanarios. Y en tal sentido cabe decir que D. José Echegaray, ministro más de una vez y rey que fué de nuestro teatro, era el hombre que a más había llegado en España.

Más de pronto los jóvenes empiezan a darse cuenta de que para llegar es menester formarse y en muchos el formarse parece que constituye de por sí un fin. «Fulano no está aún formado». «Fulano está formándose todavía». Y ya tenemos a una porción de jóvenes enterrándose en bibliotecas o en laboratorios para formarse. Y en formarse se les va a mucho mejor de la vida. De donde la abstención de la acción pública de parte de muchos de los mejores. ¿Mejores? ¿Quién lo sabe...!

Lo he dicho alguna vez, y no recuerdo si también desde estas columnas, pero he de repetirlo: Tan torpe me parece el que un segador, atento sólo a cortar heno o alfalfa no haga más que dar a la guadaña sin afilarla con lo que no conseguirá sino abatir la yerba, estropeándola sin cortarla, como sería torpe el que a cada tajo se pusiese a afilar su instrumento y se pasara el tiempo en afilarlo. Antes nuestros jóvenes, en aquella época de las discusiones, no hacían más que segar y cortar y criticar con sus inteligencias y muy pronto, melladas y embotadas éstas por esa exclusiva labor, abatíanlo todo pero no lo cortaban. Nuestra crítica era una crítica abatidora, pero no cortante. Y así vivió, las malas yerbas a enderezar sus tallos y todos nuestros vicios segufan en pie. Era una escarda inútil.

¡Qué triste crítica la que por mucho tiempo se ha ejercido en nuestra España! Triste y amarga. Parecía como que muchos se complacían en los vicios y defectos mismos que censuraban y era como si dijeran: «¿X si no fuese por esto, en qué íbamos a ejercer nuestra actividad?» En el fondo no sólo no había el más leve propósito de la enmienda sino hasta complacencia en el vicio censurado. A primera impresión un ámbito moral bosco y huraño en que abundaban los caracteres agriados, los hombres esquinados en lucha contra todos y contra toda. Pero cuando se ahondaba algo notábase una cierta resignación, es más, un cierto contentamiento. Los más vivían contentos con esa sórdida existencia picaresca, que se les antojaba de mayor colorido y de más sabor. Ocurríales lo que les ocurre a esas gentes del interior que sostienen que la sardina y otros pescados de mar saben aquí mejor que en las cortas, pues tienen el saborcillo picante de lo que empieza a pasarse.

Cualquiera que lea atentamente nuestras novelas picarescas del siglo XVII o las sátiras feroces de Quevedo y todas nuestras clásicas y castizas descripciones de miserias y necesidades, notará que se hace de ello objeto de regocijados comentarios y que el español parece hallarse muy a gusto con su penuria. «El colmo de la sabiduría es aprender a ayunar», dice uno de nuestros más celebrados escritores contemporáneos, y aquí se ha hecho de la necesidad no ya sólo virtud, sino hasta gusto. Y lo mismo nos contentábamos con la penuria material o económica que con la espiritual o intelectual. Hasta los que hablaban con más ahínco de nuestro atraso en ciencias, artes e industrias lo hacían sin verdadera contrición y hasta con un retintín de altanería.

Esta villa y corte de Madrid, cuando yo llegué a ella por primera vez, hace treinta y cinco años, era una gran aldea que se divertía con la comidilla de sus chismes y murmuraciones interiores. Casi toda su vida espiritual era vida de cafés, de tertulias. Discu-

nis



tiase en ellas algunas de las tres parejas que tenían por entonces divididos a los españoles: en política, Cánovas y Sagasta; en teatro, Vico y Calvo; en tóreo, Lagartijo y Frascuelo. Agregábase también a las veces como cantantes a Gayarre y Massini. Y era divertidísimo oír cómo trataba alguno de coonestar sus respectivas aficiones en esos distintos ramos de la vida espiritual—política, teatro y tóreo!—uniendo a Cánovas con Lagartijo y con Vico, por ejemplo, mientras otro se escandalizaba exclamando que no; que Cánovas era el Frascuelo o el Calvo de la política, o Frascuelo el Cánovas del tóreo y Calvo el del teatro.

«¡Cuánto ingenio se derrocha en España en los cafés!», se decía, y aun sigue diciéndose. Un venerable religioso francés, abad benedictino y muy conocedor de nuestra patria, en la que reside hace años, me decía una vez que aquí la inteligencia anda por la calle, por el arroyo, y por eso se malgasta y desperdicia. Lo que no sé a punto cierto es si esa inteligencia lo es siempre de veras y no ocurre más bien lo que nos ocurre con los monjes que pasan por muy listos, porque hacen gestos humanos sin decir nada. Y esos que hablan, según se dice, con ingenio, no suelen decir nada. O aquello de un ex ingenioso escritor a quien oí hace años decir que él era como una regadera, a la que se le va el agua, como en lluvia, por todos sus agujeros, mientras que si supiese taparlos todos menos uno saldría por éste en chorro capaz de mover una turbina. Así el vapor se nos iba en nube, en vez de encerrarlo en una caldera y que moviere un mecanismo.

Pero ¡qué aire atractivo tenía aquella vida de cafés, aquellas interminables charlas y discusiones, durante horas enteras, en una atmósfera de humo de tabaco y en medio del ruido de esta siempre bulliciosa corte! Era, además, un placer barato. Y de aquí su prestigio. Y luego todo lo demás era una extensión del café. El parlamento un café más grande. Hasta el hogar mismo estaba supeditado al café. No pocas familias de la pequeña burguesía o del pueblo vivían más en el café que en su casa. Bien es cierto que aquél les ofrecía más comodidades que ésta. Y nunca olvidaré a tal respecto la tremenda impresión que me produjo la primera fiesta de Navidad que pasé aquí, en Madrid, a mis diez y seis años. Venía habituado a unas navidades de hogar, recogidas, en familia, sin bullicio alguno, con aquel lejano pariente que vivía sólo en Bilbao y venía en aquellos días a pasarlo con mi familia, trayéndonos, a los niños, el aguinaldo. Y llegó a esta corte de España y me encuentro con unas navidades callejeras, de estrépito y bullicio, y de borracheras, de entrar y salir en los cafés, formando largas filas e hiriendo a los oídos con toques de panderos y hasta de almireces. Y hubo año en que yo mismo recorrí los cafés de la corte haciendo sonar mi almirez como para ahogar con su ruido mis nostalgias de adolescente. ¡El café lo era todo entonces en esta gran aldea!

Otro café, más culto y desde luego

con algunas ventanas a Europa, era el viejo Ateneo, el de la calle de la Montera, adonde acudía yo a las veces, con papeleta de favor, a oír a alguno de los que por entonces tenían fama de hombres cultos. El gran prestigio ateneístico de aquellos tiempos era D. José Moreno Nieto, a quien hoy ya casi nadie le recuerda. Y había el famoso padre Sánchez, un clérigo andaluz de mucho gracejo, que se batía con los paladines de la izquierda que dominaban en aquel viejo Ateneo. Recuerdo que como D. Juan Manuel Ortí y Lara, mi profesor de metafísica, catedrático que era de la Universidad central y un pobre espíritu fosilizado en el más vacío escolasticismo tomista, hubiera llamado una vez al Ateneo «el blasfemadero de la calle de la Montera», el padre Sánchez replicó desde éste diciendo que no se decían en la universidad menos blasfemias que en el Ateneo, sólo que en éste al fin de mes se le pasaba al socio el recibo y en la universidad la nómina.

En aquel viejo Ateneo, el del caserón de la calle de la Montera, recibí mis primeras lecciones de alemán, de un sajón que declamaba aparatosamente los temas del libro de lectura. Todavía me parece oírle al bueno de Lahure Schütz pronunciando con todo su énfasis aquello de «ein reicher Ritter»! ¡Y con qué emoción iba yo a recibir aquellas primeras lecciones de alemán que se me antojaba habían de abrirme, como con llave mágica, un nuevo mundo! Y algo de esto ocurrió, sin duda. Empezaba a ponerse en moda el alemán en España entre la gente de estudio. Así como hoy hasta los más decididos germanófilos empiezan a dedicarse a aprender el inglés.

Se trasladó el Ateneo a su nueva casa y fué cambiando su carácter a medida que cambiaba, y no poco, el de la corte de España. Y si aquel viejo Ateneo tiene para mí recuerdos, recuerdos de mi melancólica y nostálgica mocedad de Madrid, de aquellos mis tristes cuatro años de estudiante en corte, no tiene menos recuerdos este Ateneo, donde he actuado más de una vez y al cual debo mucha parte de mi nombre en España.

Pero ahora las cosas han cambiado no poco. Hace treinta, hace sólo veinte años y aun menos, la principal pre-ocupación parecía ser la de llegar, y en realidad no era más que la de pasar el rato y pasarlo criticando. ¡Criticando? ¡No! Censurando, murmurando. Abatíamos las malas verbas, y las buenas, sin cortarlas, y así aquellas, las malas, retoñaban, y las otras, las buenas, se perdían sin dar fruto. Nos cuidábamos muy poco de afilar y aguzar nuestras guadañas y hoces. Dejábamos que el instrumento se nos mellara y aun se nos roñara. La crítica, la verdadera crítica, apenas si se conocía aquí.

Mas he aquí que de pronto se nos empieza a predicar que hay que formarse, que es menester saber plantear los problemas, que están por revisar nuestros valores todos nacionales, que todo está aquí por hacer. Antes de ponerse a declamar sobre nuestros males es preciso estudiarlos, se nos





dice. Y viene la época de la investigación y de la estadística y de las papeletas y de los laboratorios. Y parece que todos se recogen en sí preparándose a una nueva vida. Parece, digo. Porque en el fondo...

Cuando hoy se entra en la biblioteca del Ateneo se la ve llena de muchachos, hundida la vista en el libro, con otros dos o tres volúmenes al lado y un fajo de cuartillas o un cuaderno tomando notas. Hay quien va al Ateneo a escribir las cartas a su novia, y las escribe teniendo delante un libro abierto, como para inspirarse. ¡Se están formando!

No hace muchos años lo de moda era el ingenio. Con tal de tener gracia o novedad, lo demás importaba poco. Pero ahora nos vamos haciendo serios y lo importante es formarse. Los jóvenes se dedican a formarse, a afilar sus guadañas y sus hoces, pero no cortan nada tampoco. O casi nada. Se nos anunciaba el reino de la eficacia y de la técnica, y aquellos anuncios eran una retórica más. Y es que en vez de ahondar y perfeccionar en aquello que era nuestra naturaleza, en vez de infundirle pasión, de entrañar lo que no era más que un multitempo, se quiso cambiar el cauce secular de nuestro espíritu. Y toda esta tan cacareada investigación, o digamos «Untersuchung», está volviendo a su carril natural, a lo que nos es propio.

«¿Va usted al Ateneo?»—le pregunto a algún joven.—Sí,—me responde—pero a la biblioteca; me molestan aquellas tertulias que allí abajo

se forman, y sobre todo aquella «Cacharrería!» (Es el nombre que allí le dan a la más célebre de las peñas ateneísticas, donde acudió durante años D. José Echegaray). Y ese pobre mozo, que aspira a formarse investigador serio, pasa de largo junto a esas tertulias con un íntimo pesar de no poder detenerse en ellas. No tiene más remedio que ir a la biblioteca, aunque sea a escribir allí las cartas a su novia.

Hay también quienes se envanece de no pasar por aquella casa, pero yo os digo que si en alguna parte se refleja la vida cultural de España, es sobre todo en el Ateneo de Madrid. Y lo saben bien los americanos que por aquí han pasado.

¿Y todo este ardor de investigación y de especialización, dará sus frutos? Lo malo es que España necesita hoy del concurso de todos sus hijos inteligentes y estudiosos, y para algo que no es precisamente limitarse a hacer estadísticas y a comentarlas. Con tanto estudiar nuestros problemas vamos a olvidar que es menester resolverlos. Hacen falta médicos más que biólogos o fisiólogos o patólogos.

Figuraos que una familia llama a la cabecera de un enfermo grave a un médico famoso, que goza de fama de conocer profundamente la patología, y llega el médico y reconoce al en-

fermo y le examina y hace examinar y analizar sus jugos todos, y luego pronuncia: «pues, la verdad, no sé todavía lo que tiene; tengo que estudiarlo mejor, y en tal estado, no pudiendo hacer diagnóstico, no puedo trazar terapéutica», y acaso añade: «Y quien les diga que sabe lo que el enfermo tiene les engaña; ¡hay que tener honradez científica!» La familia, como es natural, despacha a aquel médico escrupuloso y concienzudo y busca otro que se haga, ante el enfermo, una hipótesis cualquiera patológica, y le medicine y trate conforme a ella. Pues en este caso nos encontramos.

Y no es que yo crea que España esté hoy enferma de mucha gravedad, ni menos que necesite de medicinas. Cuantas menos mejor. Creo, por el contrario, que va convaleciendo y restableciéndose rápidamente, lo que se verá bien luego que esta guerra europea termine. Pero algún tratamiento exige y no precisamente el de la mera y exclusiva investigación. Muchos de esos investigadores deberían estar en la política activa. Donde también se investiga.

Además mucho de lo que ahora llaman aquí investigación, no es nada fundamentalmente distinto de lo que antes se hacía. La erudición, por ejemplo, es una forma de maledicencia o de murmuración, y no mejor, y desde luego mucho menos divertida, que la que se hace en los cafés. Entre murmurar del ministro o de la actriz en boga, o de tal o cual escritor contemporáneo, y murmurar de Cervantes o de Velázquez, o de Fray Luis de León, prefiero que se murmure de aquéllos. ¿En qué aumenta nuestra comprensión estética del «Quijote» y de las demás obras de Cervantes si averiguamos todo lo que hubo en aquéllo de Isabel de Saavedra, su hija única e ilegítima, casada con aquel desaprensivo Luis Molina, y protegidos ambos por D. Juan de Urbina, secretario del rey, que «por ciertos respetos» dotó a la Isabel en dos mil ducados, dándole en usufructo una casa que aparece en la escritura como pro-





4-158

piedad del resignado y paciente Cervantes? Y muchas investigaciones son así.

Contrayéndome a este caso que como ejemplo he puesto, ¿no se llegaría mejor al meollo espiritual de nuestra biblia nacional, el «Quijote», y a su mejor comprensión estética leyéndolo después de haber vivido una vida algo intensa, exterior o interior, de pasiones y acciones, de aspiraciones e inspiraciones, que no engolfándose en la rebusca de esos menudos pormenores de chismografía histórica?

Ya sé que no todas las investigaciones son así y que parece empieza a soplar por aquí un cierto vientecillo filosófico, que empieza a interesar el estudio serio de los grandes y eternos problemas de la conciencia. Ayer mismo asistí a una conferencia sobre filosofía de una serie tendiente a mostrar la diferencia entre la psicología y la lógica que las da José Ortega y Gasset, y levanta el ánimo ver la cantidad y la calidad de los oyentes. Son ya muchos los que se van percatando de que todo eso de la investigación y la erudición y la técnica y el especialismo sin filosofía, sin verdadera filosofía, no sirve para nada. Y acabarán por comprender que la filosofía misma se aprende en la vida y en la acción.

No era lo malo de nuestra antigua y castiza chismografía el que lo fuese sino que no era reflexiva, que debajo de aquella maledicencia, más o menos ingeniosa, no se ponía nada. Fieles al principio de que la vida es sueño la soñábamos, pero sin penetrar en el sueño, sin buscarle las entrañas, sin analizarlo. Aunque parezca mentira nuestro principio calderoniano de que la vida es sueño encubría una concepción de realismo vulgar. A Segismundo, el héroe calderoniano, jamás se le ocurrió dudar en serio de la realidad del mundo exterior, y sospechar que este fuese una creación del sujeto soñante. Al proclamar que la vida es sueño, más que afirmar la subjetividad de la vida, su aspecto íntimo, espiritual, afirmaba la objetividad del sueño. No quiso tanto decir que la vida es sueño cuanto que el sueño es vida. Y acaso la única vida que conocieron nuestros mayores. Era la posición mental misma de Don Quijote, que convirtió sus ensueños en realidades. Don Quijote soñó su vida.

Mas hoy parece que hay ya aquí quienes se plantean filosóficamente, y no sólo estéticamente o sentimentalmente, ese, el supremo problema de la conciencia, el de su propia realidad. Y con esto coincide una cierta depuración de viejos motivos. Lo que se observa en el Ateneo mismo.

Al lamentarme, en efecto, de que tantos jóvenes se pasen lo mejor de la vida afilando la guadaña y sin segar, y al hacer votos por que traten de investigar la íntima realidad española en cada acción política, no me refería, ni de lejos, a esa que por antonomasia se llama aquí política, a esa miserable farsa de nuestros partidos con todo su cortejo de miserimas mezquindades. De esta vil politiquería parece, por fortuna, irse apartando lo mejor de nuestra juventud.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS USALES